

La vida cristiana es preparación a la muerte

Por la palabra "muerte" entendemos la extinción de la vida en el cuerpo, producida por la separación del alma, y esto viene a suceder cuando el cuerpo ya no está en condiciones de conservar la vida en virtud de que ha cesado su adaptación a ella.

En otras palabras, cuando ocurre que las condiciones de salud del cuerpo ya no son favorables para servir de habitación al alma, ésta se separa de aquél produciendo con su separación lo que llamamos "muerte".

Viendo esto desde un punto de vista de fe, podemos bien contemplar la muerte como un signo de bondad divina. En efecto, si el alma tuviera que soportar más allá de ese punto, en vida contemplaría el hombre su propia desintegración física, lo que nunca ha sido soportable ni por los parientes.

Algo semejante ocurre cuando un dolor físico o moral nos llega a un punto inaguantable: el hombre pierde la conciencia y se "desmaya", lo que no es otra cosa que un estado de descanso que permite la recuperación física, por la cesación temporal del sufrimiento.

Si de manera simultánea contemplamos a los ojos de la fe que el alma, cuando ha llenado las condiciones requeridas por una vida en este mundo cargada de frutos, pasa a otra mejor en que habrá de recibir de acuerdo con sus méritos, la muerte, lejos de constituir un mal, es el principio de todo bien.

La Santa Biblia nos hace saber que la muerte no es el destino original del hombre, que había sido creado para la incorruptibilidad (Gen.2,16): Y Dios impuso al hombre este mandamiento: "De cualquier árbol del jardín puedes comer, mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás, porque el día que comieres de él, morirás sin remedio."

También nos enseña que por el pecado entró la muerte en la vida del hombre (Gen.3,19): "Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás."

Esto mismo lo expone el Libro de la Sabiduría: (1,12'13) "No os busquéis la muerte con los extravíos de vuestra vida, no os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos; que no fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de vivientes..." Y más adelante afirma (2,23-24) "Porque Dios creó al hombre incorruptible, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen."

La muerte es, pues, consecuencia del pecado. Pero ¿cómo expli

car la muerte del justo? La respuesta nos la da el Salmo 49,16: "Pero Dios rescatará mi alma, de las garras del sheol me cobrarán". Más clara fe, meritoria porque el salmista reconoce que no tiene idea clara de lo que cree, aparece en el Salmo 73,23-24: "Pero a mí, sin cesar junto a tí, de la mano derecha me has tomado; me guiarás con tu consejo, y al fin en la gloria me recibirás".

Son expresiones claras de la fe en una vida futura y superior que poco a poco va siendo más precisa: (Dan.12,2) Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horror eterno".

La inmortalidad del alma es objeto de la fe y la esperanza para quienes temen al Señor: (Sab.3,4-5) "Aunque, a juicio de los hombres, hayan sufrido castigos, su esperanza estaba llena de inmortalidad; por una corta corrección recibirán larga recompensa". (Sab.5,15) "Los justos, en cambio, viven eternamente; y en el Señor está su recompensa, y su cuidado en el Altísimo".

Todo esto desemboca en una acción positiva en favor de los difuntos, que muestra con precisión la fe y esperanza en una vida eterna y de gloria después de ésta de miserias: (2 Mc.43,46)

"Después de haber reunido entre sus hombres cerca de dosmil dracmas, las mandó (Judas Macabeo) a Jerusalén para ofrecer un sacrificio por el pecado, obrando muy hermosa y noblemente, con el pensamiento puesto en la resurrección. Pues de no esperar que los soldados caídos resucitaran, habría sido superfluo y necio rogar por los muertos; mas si consideraba que una magnífica recompensa está reservada a los que duermen piadosamente, era un pensamiento santo y piadoso. Por eso mandó hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado".

Cristo nuestro Señor añade a todo este cúmulo de conceptos la seguridad de la resurrección a una vida perdurable por medio de la adhesión a El: (Jn.5,24) "En verdad, en verdad os digo: el que escucha mi Palabra y cree en el que me ha enviado, tiene vida eterna y no incurre en juicio, sino que ha pasado de la muerte a la vida".

Y añade la aparente contradicción a los principios del mundo en esto de salvarse: (Lc.9,24) "Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por Mí, ése la salvará".

Pero esa adhesión, esa fe, esa esperanza, deberán tener su manifestación en la vida y las obras: (Mt.7,19) "Todo árbol que no da buen fruto, es cortado y arrojado al fuego" (Mt.7,21) "No todo el que me diga: "Señor, Señor!, entrará en el Reino de los Cielos, sino el que haga la voluntad de mi Padre celestial".

San Juan en el Apocalipsis corrobora todo esto: (12,11) "Ellos le vencieron (a Satanás) gracias a la sangre del Cordero y a la palabra del testimonio que dieron, porque no amaron su vida

ante la muerte".

Quando el hombre llega a la muerte verdadero y plenamente unido a su Creador, lo que necesariamente es fruto del esfuerzo perseverante de caminar hacia arriba por el camino de la perfección, entonces se realiza lo que el mismo San Juan nos avisa: (Ap. 14, 13) "Luego oí una voz que decía desde el cielo: Escribete Dichosos los muertos que mueren en el Señor. Desde ahora, sí, -dice el Espíritu- que descansen de sus fatigas, porque sus obras les acompañan."

Esto nos pone en guardia: un día llegará, inexorablemente, en que para cada uno de nosotros el tiempo se acabe; entonces tendremos que pasar por el trago amargo del juicio particular. Sólo nuestras obras nos acompañarán, y conforme a ellas será nuestro descanso. Nuestra eterna dicha dependerá ya sólo de eso. Vale así la pena de ser previsores desde ahora para preparar ese día. Es a lo que alude Cristo en la parábola del "administrador" infiel, y aquella otra del administrador bueno y servicial, al que su Señor constituyó en lo mucho porque fué fiel en lo poco, haciéndole entrar en su gozo.

Otras parábolas y semejanzas trajo a cuento Jesús: "Dichosos los siervos, que el Señor al venir encuentre despiertos; Yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, llenando de uno a otro, les servirá... Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. Vosotros estad preparados, porque en el momento que no penséis, vendrá el Hijo del hombre." (Lc.12,37-40)

Muy gráfico es el ejemplo que el mismo Maestro Divino nos pone aquí: (Lc.12,16-21) Les dijo una parábola: "Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; y pensaba entre sí, diciendo: '¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?' Y dijo: 'Voy a hacer esto: voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y juntaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea.' Pero Dios le dijo: '¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?' Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios."

No se trata de no trabajar, de no producir, sino de trabajar, de producir en orden a Dios. Esto es, que conservemos siempre la imagen del administrador prudente y fiel al servicio de su Señor.

Termina Cristo estas enseñanzas con una frase breve: "A quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más." (Lc.12,48)

Cristo, por su derecho de conquista mediante la Redención, será nuestro justo juez y nuestro remunerador: "Yo soy el Alfa y la Omega, el Principio y el Fin;

La garantía de los que mueren en el Señor está consignada en estas cuantas palabras: (Ap.21,4) "...Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas, porque el mundo viejo ha pasado."

Es pues la vida del cristiano una constante renuncia al pecado con un objetivo al que debe tender como meta final de todas sus esfuerzos: la vida eterna.

EL SACRAMENTO DE LA UNCIÓN, ESPERANZA DE TRIUNFO.

Cristo, sabedor de que pese a nuestro más firme propósito, por nosotros mismos no estamos capacitados para llevar a cabo estas santas resoluciones con más facilidad, instituyó el Sacramento de la Unción, llamado también Extrema-Unción y Unción de los Enfermos, para que por su recibimiento contáramos con gracias especiales para el combate final. Por esto también, será este Sacramento como la fuente de la esperanza postrera, cuando parece que todo ha terminado en el vacío. Esta sensación de frustración es el mayor peligro para la fe y la esperanza en el combate final, y es la gracia sacramental propia de la Unción el mayor sostén con que podemos contar, junto con la Sagrada Eucaristía recibida como Viático.

El Sacramento de la Unción se administra también en busca de la salud corporal y espiritual de los enfermos, en cuyo caso no ha de administrarse en peligro de muerte, sino siempre que exista una enfermedad que reclame ayuda divina. Esto lo veremos cuando en nuestra próxima lección estudiemos a fondo el Sacramento.

RESUMIENDO:

El cristiano debe vivir de manera tal que sea la vida terrena una peregrinación hacia la verdadera vida en la gloria de Dios. De este modo, los valores temporales han de tener para nosotros más que nada un valor de merecimiento por su administración. Quienes olvidan la meta verdadera fácilmente llegarán a la muerte sin objetivo claro, con riesgo de perderse en la lucha final. Por el Sacramento de la Unción obtendremos las gracias para esto.

REFLEXIONES PERSONALES:

"Nosotros somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos como Salvador al Señor Jesucristo..." (Fil.3,20).

"Bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te pondré por eso al frente de lo mucho; entra en el gozo de tu Señor."

(Mt.25,23)

RESOLUCION: Con tu gracia, Señor, en adelante miraré todas estas cosas, no como mías, sino como tuyas, y a mí tu administrador.



"¡De la mano del seol los libraré, de la muerte los rescataré! ¿Dónde están, muerte, tus pestes, dónde tus azotes, seol?" (Os 13, 14). "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? El aguijón de la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado, la Ley. Pero ¡gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo!" (1 Co, 15, 55-57). Cristo, siendo Dios, es autor de la vida y de la muerte, lo que demostro resucitando a Lázaro y, sobre todo, por su muerte y Resurrección.

